

# CONSUETA

o  
Director para la gran función  
de Véspera y Día de la  
Marie de Deu de la ASUMPCIO.

Patrona de Ells

Para els  
Mestres de Capella.

He asistido cierta vez, en Delfos, a unas representaciones de las tragedias de Esquilo: Prometeo encadenado aullaba noblemente su vencimiento y su dolor, ante su anfiteatro de montañas, de cuya cumbre un águila auténtica bajó hasta rozar con sus alas el pecho del héroe y de cuyo fondo un auténtico trueno pareció contestar a sus blasfemias. He visto igualmente el *Edipo Rey*, por Max Reinhardt, y la goethiana *Ifigenia en Aulida*, dada en el barcelonés Jardín del Laberinto, lujo del Marqués de Alfarrás. En Weimar y en la misma sala donde se proclamó la constitución de la República, una ejecución íntegra del *Fausto* me retuvo dos jornadas más de lo previsto; dos jornadas de emoción casi delirante, con momentos, como los de las dos *Noches de Walpurgis*, y su coro obscuro de maullidos de gata-mujer. También estaba, en el castillo de Leopoldskron, entre los invitados de Reinhardt, su dueño entonces, para ver su «ensayo general» perfecto de *El enfermo imaginario*, a estilo exactamente de la Corte de Luis XIV; con instrumentos músicos del tiempo y la farsa en el Salón del Trono de los Arzobispos soberanos de Salzburgo; junto a la chimenea, con gruesos troncos encendidos. En el mismo Salzburgo presencié la presentación del *Jedermann*; y, en París, las de los primeros Bailes rusos, en la época prediguelheviana; y en Venecia, Campo Trovasso, la de *El Mercader de Venecia*, una noche de junio, en que el aire se refrescaba al avanzar por el canal las doradas góndolas de los pretendientes de Porcia, portadores de maravillosos presentes. Y he oído la Tetralogía de Wagner; la voz de oro de Sarah Bernardt; el monólogo de Hamlet en boca de Ermette Zacconi; el falsete de Mefisto, en boca de Max Pellenberg; las arias de Rossini, en la de Conchita Supervía; los estilizados gemidos de Sada Yako, cuando su amante caballero se abría el vientre; la Capilla Rusa y el *Barrabás* flamenco.

Jamás, empero, en lo que lleva mi historia de espectador y oyente en teatro, he experimentado una emoción tan profunda como la sentida el 14 y 15 de agosto de 1934 presenciando en el templo de Santa María, de Elche, su *Misterio*.

¿Me atreveré a confesar que en este efecto de emoción entra sin duda, en considerable manera, la impureza misma del espectáculo; aquella por la cual se mezclan, en la ópera

más antigua del mundo—ópera, puesto que íntegramente materia de canto—, elementos de liturgia y hasta de acrobacia? Impureza que también puede ser considerada, y sobre todo sentida, como plenitud: como síntesis de las artes; con significación más amplia todavía que aquella según la cual Ricardo Wagner concibió las representaciones de Bayreuth. Wagner, fundiendo en vívida unidad la música y la palabra, o nuestro imaginero Berruguete—gran sintetizador de las artes también—haciendo coincidir, en los lugares de un bultoso destinados a figurar sombras, la plástica, que las proyecta, y el colorido, que las finge, no logran, con todo su genio, la impresión escalofriante de totalidad que los anónimos, y probablemente sucesivos autores del *Misterio de Elche*, al hacer descender de lo alto de la cúpula, y por toda la elevación de la iglesia, la «mangrana» resplandeciente en oros, que se abre a cierto nivel, y deja ver el Ángel erecto, portador de la palma gentil, mientras éste salmodia interminablemente su canto dulcísimo; o bien, al intercalar, la mañana del día de la Asunción, las ceremonias rituales del culto en el proceso de la fábula escénica, que ha empezado la víspera, con el acto de la muerte de la Virgen, y se terminará por la tarde, con la apoteosis de su coronación. Como en las grandes composiciones de los pintores barrocos—el milagro representado por un primitivo se acompaña con la indiferencia de la naturaleza en torno, mientras que entre el barroco se ve al cosmos entero agitarse—, aquí el aire, la luz y sus meteoros amplían la escena en un coro gigante. Las puertas del templo, abiertas; el clamor de la muchedumbre, y hasta su olor, entran casi avasalladoramente a integrar la opulencia sensual del conjunto. Si la casa dórica de un dios en Grecia señala el ápice del clasicismo, la extremidad artística y vital de lo barroco se encuentra aquí.

María coronada entra en el Empíreo cada año por la cúpula de su iglesia de Elche, acompañada por los anhelos y los delirios de una inmemorial venganza de la santa debilidad.

EUGENIO D'ORS,  
De la Real Academia Española